

Cuando el **Evangelio** acampa en el **Mundo del Sufrimiento**

Fernando Javier Afonso Alonso
Diócesis de Canarias

INTRODUCCIÓN:

La vida es un camino, por el cual podemos pasar viviendo con intensidad, encontrando un profundo sentido cristiano (y con ello, un sentido profundamente humano), en cada momento que se viva, o pasar de forma superficial, como si se fuera de puntillas por este mundo. Ocurre, en ciertas ocasiones, a lo largo de nuestra vida personal, que ésta nos puede ofrecer algunas situaciones concretas (personales, familiares o de conocidos), en las que nos hace cuestionarnos más profundamente sobre el sentido de la misma.

Cuando vamos a hablar del camino de la vida de un cristiano, de lo que vamos a tratar es de «una historia de amor». Una historia de amor al prójimo y a la vida. Vamos a encontrarnos de frente con el ser humano, con sus miserias y con sus luces.

El recorrido como creyente no es siempre de «color de rosa», sino que posee muchos altibajos. Si volvemos la mirada hacia detrás en nuestra propia vida veremos que aparecerán momentos en que se pudo haber dejado ese camino por otro «más fácil», «más atractivo», y con el que «más se sintoniza con la mayoría de los mortales». Pero, es curioso cómo se ha ido haciendo presente Dios, por medio de alguien, (con capacidad de escucha, de afecto y/o cercanía), que nos ayudó a retomar este camino. Dios se nos presenta a lo largo de nuestra vida, a través de gestos sencillos de amor y cariño, en los que nos hace darnos cuenta de lo que valemos, y de lo que podemos llegar a ser.

¿Soy capaz de reconocer la mano amorosa de Dios en diferentes momentos de mi vida?

Si no hemos tenido ninguna experiencia de amor, de cariño o de afecto: ¿cómo podré dar a conocer al Dios del amor y de la misericordia al prójimo? Esta realidad es una máxima fundamental que debemos tener en cuenta los seguidores del Maestro de Nazaret, más si estamos próximos al mundo del sufrimiento.

El sentido del amor¹

El amor constituye la única manera de aprehender a otro ser humano en lo más profundo de su personalidad. Nadie puede ser totalmente conocedor de la esencia de otro ser humano si no le ama. Por el acto espiritual del amor se es capaz de ver los trazos y rasgos más esenciales de la persona amada; y lo que es más, ver también sus potencias: lo que todavía no se ha revelado, lo que ha de mostrarse. Todavía más, mediante su amor, la persona que ama hace posible que el amado manifieste sus potencias. Al hacerle consciente de lo que puede ser y de lo que puede llegar a ser, logra que esas potencias se conviertan en realidad.

¹ VIKTOR E. FRANKL. *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder. Barcelona. 2001.

Pero también sucede que, a veces, en nuestro recorrido como creyente nos hemos tropezado con alguna experiencia de dolor o sufrimiento, y es entonces, cuando puede aparecer un cuestionamiento en profundidad sobre el sentido de la vida, y en donde podamos vernos como frente a un espejo: con nuestras oscuridades y claridades. Es en esas experiencias, en las que se «toca fondo», en las que la vida puede cobrar un sentido especial a través del sacrificio.

¿He padecido situaciones de dolor o sufrimiento, que me hicieran cuestionarme el sentido de mi vida?

El sentido del sufrimiento²

Cuando uno se enfrenta con una situación inevitable, insoslayable, siempre que uno tiene que enfrentarse a un destino que es imposible cambiar, por ejemplo, una enfermedad incurable, un cáncer que no puede operarse, precisamente entonces se le presenta la oportunidad de realizar el valor supremo, de cumplir el sentido más profundo, cual es el del sufrimiento. Porque lo que más importa de todo es la actitud que tomemos hacia el sufrimiento, nuestra actitud al cargar con ese sufrimiento... El sufrimiento deja de ser en cierto modo sufrimiento en el momento en que encuentra un sentido, como puede serlo el sacrificio.

Es entonces, que si partiendo de este tipo de experiencias, y si nos encontramos con un Jesús de Nazaret sufriente, podemos llegar a descubrir un sentido cristiano del sufrimiento y del sacrificio. Este duro ejercicio requiere: de oración, y de honestidad y autenticidad consigo mismos y con Dios.

El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará.³

² VIKTOR E. FRANKL. *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder. Barcelona. 2001.

³ Lucas 9, 23b-24.



La vida de un cristiano es un continuo crecimiento, y si se ha vivido experiencias de sufrimiento y sacrificio en «propia piel» se podrá acercar al mundo de la salud con conocimiento de causa, y tanto si es así como si no, el acercamiento al mundo del sufrimiento y el dolor debe de ser con mucho respeto (pues a quien tenemos delante es al mismo Jesús) y con conocimiento de técnicas de escucha y comunicación, para facilitar a la persona que atendemos el acercamiento a su realidad profunda, favoreciendo su capacidad de aceptación y de renacimiento desde sus propias cenizas. De esta forma, pueden aparecer: el crecimiento y la evangelización, simultáneamente, y de forma recíproca. Es decir, que mientras se va creciendo como cristiano se va evangelizando, pero también, tanto el crecimiento va favoreciendo actitudes evangelizadoras, como mientras se evangeliza se va creciendo de forma cristiana.

En este trabajo he querido reflejar, a base de pinceladas, una serie de reflexiones, desde un ver, juzgar y actuar, en el mundo del sufrimiento humano, con sus luces y con sus oscuridades, que es en donde desarrollo mis labores diarias como agente de pastoral de la salud, en la Ciudad de San Juan de Dios de

Las Palmas de Gran Canaria, de los Hermanos de San Juan de Dios.

Tengo grabado en mi mente mis primeros momentos de trabajo en este centro, que siempre vivía un cambio radical cuando entraba de la puerta para adentro del mismo. Era un situarme, de forma repentina, en mi rol de profesor de educación especial. Era hacerme cargo que me encontraría con personas que necesitaban un aliento de esperanza, y un suspiro de alegría. Fue madurando mi situación de trabajador cristiano, hasta que hice una opción personal como educador de personas con discapacidad. Posteriormente, esta opción personal se concretó en la coordinación del Servicio de Asistencia Espiritual y Religiosa del Centro. Un centro que tiene tres grandes áreas: Pedagogía, con niños con discapacidad de cero a veintiún años; Residencia, con un grupo de veinte niños con discapacidad, y un grupo de residentes adultos con problemas de Salud Mental; y otra área de Rehabilitación, que está concertada con la Seguridad Social, en régimen ambulatorio.

A todas estas realidades, de todos los usuarios (como llamamos a las personas que asistimos), con sus diferentes dificultades, limitaciones, sacrificios, incertidumbres y desfallecimientos, hay que añadir la esperanza, la ilusión y las ganas de luchar por una vida de mayor calidad, dignidad e igualdad. Especialmente, se vive con más intensidad esto último por parte de las familias de los usuarios.

Trabajar en un Centro de los Hermanos de San Juan de Dios (una casa de Dios, como las nombraba el fundador de la Orden Hospitalaria), supone un reto, y como cristiano y humano, interpela profundamente sobre la vida, la muerte, y el tipo de vida y de mundo en el que vivimos. No deja indiferente. Como dice el santo de Granada a su amiga la Duquesa de Sesa, en la segunda carta que le escribe:

Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos...

Ver [mirada creyente]

ATERRIZANDO EN TRES EXPERIENCIAS CONCRETAS

A continuación, les acerco tres experiencias de vida, sobre diferentes realidades de sufrimiento, con las que me he encontrado en mi trabajo, y que pueden ayudar a ir situándonos en este mundo tan complejo.

1 Ante un hijo con discapacidad intelectual...

Cuando nos aproximamos ante la realidad del nacimiento de un hijo querido nos encontramos ante un proyecto ilusionante, alegre y generador de vida. Vida que va a ir creciendo y desarrollándose; y que paralelamente irá

ganando en autonomía mientras irá perdiendo en limitación y dependencia.

Pero cuando este proyecto ilusionador y alegre queda truncado por la llegada de un «hijo diferente», con discapacidad intelectual, generalmente, se produce una gran frustración y



decepción por parte de la pareja que espera al nuevo ser, en donde tiene que elaborar su propio duelo: la «gran ilusión» que se tenía, y que ha muerto. Ante este hecho pueden surgir: sentimientos de culpa, pensar que es un castigo de Dios o que la pareja no puede concebir, sentimientos de huida y de rechazo con múltiples consecuencias para la pareja. Si, además, la pareja ya contaba con hijos anteriores a este que llega nuevo, podemos contemplar otro aspecto más que también puede desestabilizar el núcleo familiar, pues los hermanos mayores pueden resentirse ante la mayor atención al hijo con discapacidad, y por consiguiente ellos pueden sentir que son menos importantes para los padres.



2 Era normal, hasta que mi cabeza se perdió...

Alberto (Alberto: nombre figurado de un usuario de Salud Mental de la Ciudad de San Juan de Dios de Las Palmas, para respetar su intimidad personal) nació en un pueblo de la isla de Gran Canaria. Una familia sencilla, sus padres campesinos. Su infancia la recuerda normal, la recuerda jugando por los barrancos y laderas de su población, con sus amigos.

Todo transcurría normal hasta llegar a la adolescencia. Él recuerda que a los catorce años su vida se truncó: «su cabeza se enloqueció», (diagnosticado con esquizofrenia) se puso muy nervioso y no controlaba. A partir de este momento su vida se llena de altibajos, de épocas de estabilidad, y de temporadas de

grandes desajustes. Pero en su juventud, y por la desesperación de la familia, por los múltiples desajustes, acuden a una santera, que lo que hace es perjudicar mucho más la situación.

Finalmente, después de unos altibajos en su patología y en su vida personal y familiar llegó a la Ciudad de San Juan de Dios. Lleva seis años ya en este centro, en el que se siente muy a gusto, con su enfermedad controlada, sereno, y consciente de que ahora sí es feliz. Después de hacer una lectura serena de su biografía personal, ha encontrado un sentido en su vida, desde Jesús de Nazaret.

3 Yo era el responsable de tirar de la familia, ahora son mi mujer y mis hijos...

Luis (Luis: Ídem a Alberto, del Servicio de Rehabilitación) era una persona normal, que en su juventud había vivido próximo a la intelectualidad canaria, poeta, que ha editado algunos libros. Casado, con hijos ya mayores, de pronto le aparece una enfermedad neurológica degenerativa.

Al comienzo, está esperanzado con que el avance se detenga. Pero lo cierto, es que ya tiene que desplazarse en silla de ruedas, y no puede «ni afeitarse él mismo» (palabras de resignación suyas), y le va costando ya hasta respirar.

Luis manifiesta que él era el que llevaba el peso de la familia, él la organizaba, él era el líder familiar. Ahora es él el llevado, es él quien tiene que dejarse hacer, y quien tiene que hacer un trabajo muy serio de hacerse consciente de sus limitaciones, lo que se llama una elaboración de su propio duelo, en donde le permita hacerse cargo de su nueva realidad vital y existencial. Ahora son su mujer y sus hijos los que lo dirigen.

Hay que tener muy en cuenta a su esposa, que es la cuidadora principal, y que demanda ayuda, no sólo física, sino también psicológica.

Él se apoya en Jesucristo, porque para él solo, esta cruz es muy pesada. Aunque, a pesar de esto, no es fácil...

DINÁMICA DE LOS APEGOS

Las personas que viven situaciones de sufrimiento en su vida, como las que hemos nombrado anteriormente, han vivido o están viviendo momentos que les hace cuestionarse por el sentido de la vida, y de una u otra forma tienen que hacer su propia elaboración de su duelo, por todas las expectativas que tenían puestas en la vida, y que se han visto truncadas, por la enfermedad, por la discapacidad, etc., para poder ir desprendiéndose de aquellos apegos que no les permiten crecer como personas humanas ni cristianas.

Por eso, cuando nos acercamos a estas realidades tan difíciles de abordar, (a las que en muchas ocasiones nos resistimos), desde lo humano, y desde lo cristiano, conviene conocernos mínimamente, es decir, conocer nuestras luces y nuestras sombras, para que cuando nos acerquemos a estas realidades no nos veamos desbordados, y podamos acompañar a la persona necesitada, intentando no fundirnos emocionalmente con ella.

Por ello, les invito a realizar la siguiente dinámica de debajo que nos puede ayudar a aterrizar en el mundo de nuestros apegos y de nuestros miedos a las pérdidas:

- 1 *Sitúate en un lugar sereno y tranquilo, en clima de oración.*
- 2 *Nombra y escribe los diez aspectos (personas, lugares, actividades, responsabilidades, etc.) más importantes en tu vida, por orden de prioridades, del uno al diez.*
- 3 *Ahora imagina que te encuentras ante una situación de diagnóstico personal de enfermedad terminal: «me quedan tres meses de vida», y voy a ir eliminando, (lentamente), cada uno de los ámbitos de mi vida. Empezando desde*

el número diez, y hasta el primero. Cuando vayas tachando cada uno de estos aspectos nómbralo en voz alta. En la medida que se van eliminando cada uno de los aspectos:

- *¿Cómo te vas sintiendo?*
- *¿Cómo vas reaccionando emocionalmente?*
- *¿Qué resistencias te van apareciendo dentro?*

Observa tus reacciones con detenimiento, no rehúyas, no juzgues, no condenes, no apruebes...

- 4 *En el clima de oración, teniendo a Jesús de Nazaret presente junto a ti, y como si le estuvieras hablando, manifiesta (oralmente o escribiéndolo) lo que se ha ido suscitándose dentro de ti. Una sugerencia puede ser dar respuesta a las siguientes cuestiones:*

- *¿Cómo te has sentido en el desarrollo de esta dinámica?*
- *¿Qué resistencias internas te aparecieron? ¿A qué se debe? ¿Qué es lo que temes?*
- *¿Qué es lo que más te ha gustado? ¿Y lo que menos?*
- *¿Qué has descubierto?*

PROFUNDIZANDO EN EL TEMA. PINCELADAS.

■ El duelo se asocia normalmente al fallecimiento de una persona, pero también, y principalmente, tiene que ver con el mundo de los apegos y de las pérdidas. Todos nosotros estamos apegados a alguien o a algo, y nos enfrentamos a pérdidas, más o menos importantes a lo largo de nuestra vida (la pérdida de un animal querido, la pérdida de un trabajo, la separación de una amistad, un traslado de escuela, el duelo por no habernos sentido queridos, por sabernos imperfectos, de no tener lo que deseamos: salud, objetos, etc.).

■ Todo este sufrimiento que vivimos constantemente (debido a estos apegos), a diario, es reflejo de pequeñas o grandes pérdidas, es decir, dicho de otra forma, de pequeños o grandes

duelos. De hecho, la vida consiste en una experiencia que se desarrolla en la medida que se desprende: avanzamos a medida que nos despedimos. Vida y muerte son dos caras de un mismo proceso, las dos caras de una misma hoja.

■ El duelo es una respuesta natural a la pérdida percibida de cualquier persona, cosa o valor con el que hemos construido un lazo afectivo, con el que tengamos un apego. Cuanto más se ha invertido o dedicado en la relación, mayor es la intensidad que causa la separación. Es un proceso natural y humano, y no de una enfermedad que hay que evitar, o de la que hay que curarse. Esta respuesta interior es un proceso holístico, es decir, que incluye complejas reacciones: físicas, emocionales, psicológicas y espirituales (engloban todos los ámbitos del ser humano).

■ El proceso del duelo contempla varias fases claramente diferenciadas:

1 La negación. Es un mecanismo de defensa. Permite regular el acceso a la conciencia de la cantidad de información que estamos dispuestos o preparados a aceptar en un momento determinado.

2 La descarga emocional. Las reacciones normales de dolor incluyen confusión, ira o enfado, tristeza, culpa y alivio. Estos son sentimientos normales, y necesitan manifestarse para poder resolverse, (y que socialmente están poco aceptados y reconocidos, haciendo que genere sentimientos de culpa en la mayoría de los dolientes que los sufren. Esto es un escollo). La persona en duelo necesita hablar de lo ocurrido repetidamente y a menudo de forma insistente. El hablar de ello, le

permite poner en presente estos sentimientos naturales. Compartirlos con los demás, sentirlos interiormente y manifestarlos física o psicológicamente es vital en el proceso de elaboración del duelo.

En el proceso de duelo juega un papel importante la vivencia ritual. **Los ritos son de una importancia crítica para la resolución de las pérdidas.** Lamentablemente, la progresiva secularización de nuestra sociedad hace cada vez más difícil la manifestación ritual. Los funerales han dejado de ser un espacio de permiso para llorar, recordar y despedir al difunto en la intimidad del hogar, para convertirse en una escenificación impersonal donde se identifica el llevarlo muy bien con el controlar el llanto, y mostrar que aquí no pasa nada. Es aún muy frecuente, en algunos hospitales, no permitir ver el cuerpo del fallecido a la familia, y ello (verlo, identificarlo, tocarlo, acompañarlo) suele dificultar enormemente la aceptación de la muerte.

3 La aceptación. Momento realista de aceptación, que significa cambios significativos en actitudes, comportamientos, pensamientos y en la vida espiritual del doliente. Después de la muerte de un ser querido, de una enfermedad crónica o degenerativa, de una separación o de una pérdida importante, algo cambia profundamente. Esta transformación constituye una llamada a reorientar nuestra escala de valores, nuestra percepción de la realidad. Es lo que se llama el potencial transformador del duelo. La elaboración del duelo está condicionada por las creencias o preocupaciones existenciales, religiosas o espirituales del que lo vive.

- *¿Qué te suscita estas pinceladas respecto de los apegos, las pérdidas y el duelo?*
- *¿Hablar de estos temas son un tabú para la sociedad actual? ¿Por qué?*
- *A mí, ¿qué me supone hablar de estos temas? ¿Cómo me valoro? ¿Qué se mueve en mi interior?*
- *¿Me resulta muy duro hablar de este tema? ¿Por qué?*

Juzgar [reflexión creyente]

En este apartado presento una serie de textos de las Sagradas Escrituras (podrían ser más y/u otros), junto con algunas trazos de la *Carta Apostólica de S.S. Juan Pablo II Salvifici Doloris*, que he considerado interesantes a la hora de entrar en el juzgar de nuestra reflexión. A saber:

- 1 Eclesiástico 34, 13-17.
- 2 El sentido del sufrimiento en el inocente: Job 1- 2,10; Job 19, 25 ; Job 42, 1-6.
- 3 Poema del Siervo del Señor: Isaías 53, 2-12.
- 4 Jesús en Getsemaní. (Marcos 14, 32-42).
- 5 Muerte de Jesús. (Mateo 27, 45-50; Lucas 24, 44-46).
- 6 Jesús resucita a su amigo Lázaro. (Juan 11, 17-44).
- 7 Salvifici Doloris. Carta Apostólica de S.S. Juan Pablo II.

Nº 9. *Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente la pregunta: ¿por qué? Es una pregunta acerca de la causa, la razón; una pregunta acerca de la finalidad (para qué); en definitiva, acerca del sentido. Esta no sólo acompaña el sufrimiento humano, sino que parece determinar incluso el contenido humano, eso por lo que el sufrimiento es propiamente sufrimiento humano.*

Obviamente el dolor, sobre todo el físico, está ampliamente difundido en el mundo de los animales. Pero solamente el hombre, cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta por qué; y sufre de manera humanamente aún más profunda, si no encuentra una respuesta satisfactoria. Esta es una pregunta difícil, como lo es otra, muy afín, es decir, la que se refiere al mal: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el mal en el mundo? Cuando ponemos la pregunta de esta manera, hacemos siempre, al menos en cierta medida, una pregunta también sobre el sufrimiento.

Ambas preguntas son difíciles cuando las hace el hombre al hombre, los hombres a los hombres, como también cuando el hombre las hace a Dios. En efecto, el hombre no hace esta pregunta al mundo, aunque muchas veces el sufrimiento provenga de él, sino que la hace a Dios como Creador y Señor del mundo. (...)

Nº 28. *(...) La parábola del buen Samaritano pertenece al Evangelio del sufrimiento. Indica, en efecto, cuál debe ser la relación de cada uno de nosotros con el prójimo que sufre. No nos está permitido « pasar de largo », con indiferencia, sino que debemos « pararnos » junto a él. Buen Samaritano es todo hombre, que se para junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que ése sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. Es como el abrirse de una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva. Buen Samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que « se conmueve » ante la desgracia del prójimo. Si Cristo, conocedor del interior del hombre, subraya esta conmoción, quiere decir que es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre.*

Sin embargo, el buen Samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido. Por consiguiente, es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea. Ayuda, dentro de lo posible, eficaz. En ella pone todo su corazón y no ahorra ni siquiera medios materiales. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio «yo»,

abriendo este «yo» al otro. Tocamos aquí uno de los puntos clave de toda la antropología cristiana. El hombre no puede «encontrar su propia pleni-

tud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás», Buen Samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo.

Desde la palabra de Dios:

- ¿Qué personajes aparecen en los diferentes pasajes? ¿Cuáles son sus actitudes?
- ¿Cuál es la actitud de Jesús en cada uno de los textos?
- Ante situaciones de pérdidas, de duelo, ¿cuál suele ser mi actitud? ¿Con quién me identifico?

· Tras un tiempo sereno de reflexión y oración, ¿a qué me está invitando Jesús de Nazaret?

Desde la Salvifici Doloris

- ¿Cómo me sitúo, como creyente, ante el mundo del sufrimiento?
- ¿Quién es mi prójimo, en concreto? ¿Qué respuesta estoy llamado a dar ante mi prójimo?

Actuar [compromiso creyente]

Es el momento de ir concretando nuestro compromiso en este campo de la fe. Os dejo el siguiente texto para ayudaros:

No basta con predicarte, Dios mío...⁴

¿Qué grande es, Dios mío, la angustia interior de tus criaturas terrenas...! Te doy gracias por haber hecho venir a mí a tanta gente con toda su angustia. Me están hablando con calma, sin tomar precauciones, y de pronto se revela su angustia en toda su desnudez. Y tengo delante de mí a un pobre y pequeño ser humano, desesperado y preguntándose cómo va a seguir viviendo. Ahí es donde empiezan mis dificultades. No basta con predicarte, Dios mío, para exhumararte, para sacarte a la luz en los corazones de los otros. Es preciso despejar en el otro el camino que lleva a ti, Dios mío; y para hacerlo es preciso ser un gran conocedor del alma humana; es preciso tener una formación de psicólogo: relación con el padre y la madre, recuerdos de infancia, sueños, sentimientos de culpabilidad, complejos de inferioridad...: en fin, todo el alma-cén de los accesorios. Comienzo una exploración

prudente en todos los que vienen a mí. Los instrumentos que me sirven para abrir la vía hacia ti en los otros son aún muy rudimentarios. Pero ya dispongo de algunos, y los iré perfeccionando poco a poco y con mucha paciencia. Y te agradezco que me hayas dado el don de leer en el corazón de los demás. A veces, las personas son para mí como casas con las puertas abiertas. Entro, vago a través de los pasillos, de las habitaciones. La disposición es un poco diferente en cada casa. Sin embargo, todas son semejantes, y debería ser posible hacer en cada una de ellas un santuario para ti, Dios mío. Y te lo prometo, te lo prometo, Dios mío, te buscaré un alojamiento y un techo en el mayor número de casas posible. Es una imagen divertida: me pongo en camino para buscarte un techo. Hay tantas casas deshabitadas, y te introduzco en ellas como el Huésped más importante que puedan recibir. ©

· Respecto al sufrimiento, a los apegos, pérdidas y el duelo: ¿cómo comencé y cómo acabo esta reflexión?

· ¿Qué enseñanzas he aprehendido para el día a día de forma concreta?

· ¿Qué conclusión saco?

· ¿A qué compromiso concreto me invita Jesús de Nazaret?

⁴ PAUL LEBEAU. Ety Hillesum «Un itinerario espiritual». Editorial Sal Terrae. Santander. 2000. Ety Hillesum, judía, vivió una experiencia muy profunda de acompañamiento espiritual a muchas personas, mientras estuvo vivo (hasta que murió en uno de ellos) en varios campos de exterminio nazi, en la II Guerra Mundial, con unos matices claramente cristianos.